



ADMINISTRACION
Santa Isabel, 39, 2.ª derecha.

PERIÓDICO CRISTIANO

NUEVAS CONDICIONES
La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes.

AÑO VI

FUNDADOR D. ANTONIO CARRASCO

NÚM. 146

SUMARIO

La Luz.—Jesucristo, Salvador único y perfecto del hombre.—La doctrina de la salvación.—El Evangelio y el catolicismo romano, con textos del Nuevo Testamento, según la traducción del padre Felipe Scio.—Salmo sexto. David, enfermo de gravedad y ultrajado por sus enemigos, implora la misericordia de Dios y obtiene la seguridad de su victoria.—Las escuelas de la Madera Baja.—Remitido.—Noticias.

LA LUZ.

MADRID 1.º DE ABRIL DE 1874.

Los discípulos, á imitación de Jesús, se han levantado y están próximos á partir. Pero nadie se mueve. Son tan preciosos los últimos instantes que pasan al lado del Salvador, que quieren prolongarlos y escuchar todavía algunas palabras más de sus labios. Después de los consuelos vienen las exhortaciones acompañadas de la oración. Naturalmente, de pie, tanto los discípulos como el Maestro, su vista debió fijarse en la copa que estaba aún sobre la mesa y que poco ántes había pasado de mano en mano. La imagen de la viña era muy familiar en el Oriente y debió presentarse, por consecuencia, instantáneamente al espíritu de Jesús. Esta alegoría expresa perfectamente la intimidad de relaciones que en la Nueva Alianza han de existir entre Jesucristo y los fieles. Un reformador ha dicho: «Nosotros somos estériles y no tenemos vida por nosotros mismos; pero estando ingertos en Cristo, nosotros tomamos de Él esa vida que nos falta por completo.»

Jesucristo es la verdadera cepa, es decir, Él es la verdadera realidad y todos cuantos prometen salvarnos por medio de otras personas y por otros medios distintos que Jesús, son falsos amigos, ó, siguiendo la alegoría, falsas cepas. Iglesias, instituciones, usos, costumbres, santos, todo es inútil para la salvación del hombre, porque ésta solo se encuentra en la comunión con Él. Los fieles que creen en Jesucristo son los sarmientos. La cepa es el cuerpo que tiene la vida; los sarmientos son miembros de este cuerpo, que de él reciben la vida. Lo propio sucede en la Iglesia cristiana. Jesús es el cuerpo: los fieles son miembros de este cuerpo. El Padre es el dueño de la vida. Él es el que ha establecido la comunión entre los creyentes y Jesucristo, y Él es el que ha preparado también para éste los sarmientos. Pero estos sarmientos requieren cuidados diversos cada uno según su naturaleza. Como en la vida natural, en la espiritual hay también sarmientos fructíferos y sarmientos estériles. Los sarmientos fructíferos son aquellos que presentan señales externas de una vida vegetativa, espléndida, y en lo espiri-

tual, aquellos fieles cuya regeneración y cuya santidad de vida se conoce por las obras cristianas que produce. Jesucristo lo ha dicho: «Todo sarmiento que no produzca fruto, el dueño de la cepa le corta.» Un sarmiento á veces puede producir fruto, y sin embargo, no producir todo aquel que la misma rica naturaleza de la viña exigía. Lo propio sucede en la vida del alma. Un cristiano no produce todos aquellos excelentes frutos de amor que debía producir, y entonces el Hijo trabaja sobre él, le ilumina, le presta nuevas inspiraciones y hace descender sobre él con abundancia el Santo Espíritu para que le haga prosperar en el camino de la santidad y no detenerse nunca en él. La vida cristiana tiene también sus progresos, y aquel que no adelanta en ella, puede decirse que no posee por completo toda la virtud santificante de una verdadera regeneración. El dueño de la viña corta los sarmientos secos, poda los otros y los limpia todos. Lo propio hace Jesucristo. Aparta á un lado los malos fieles para que no contaminen á los buenos, y sobre estos trabaja constantemente para perfeccionarlos y purificarlos más y más.

La cepa y los sarmientos parece como que gimen y lloran cuando otro sarmiento es cortado, y esta operación, sin embargo, dá más rigor á la vida. Lo propio sucede con aquellos sarmientos sometidos á esa especie de disciplina, en virtud de la cual se realiza la purificación espiritual. Un escritor religioso ha dicho: «Los duelos, las pruebas, los dolores, los castigos, á veces sirven para modificar una actividad estéril, un desenvolvimiento cristiano irregular, y bajo la mano soberana del dueño celeste de la viña sirven para hacer el sarmiento más vigoroso y fuerte. Todo esto no tiene otro objeto que hacer que los sarmientos que quedan unidos á la viña crezcan más fuertes y más vigorosos.»

Todas las parábolas y alegorías que empleaba Jesús tienen, no solo una enseñanza grandísima, sino una belleza y una gracia verdaderamente divinas, y esto sucede con la alegoría de la vida más que con otra ninguna. Dediquémonos á descubrir el sentido profundamente espiritual de las alegorías mesiánicas y haremos progresos en el camino de la perfección cristiana.

JESUCRISTO

SALVADOR ÚNICO Y PERFECTO DEL HOMBRE

Jesucristo es el salvador que salva á su pueblo de sus pecados. (Mat., I, 21.) Su nombre es el solo bajo el cielo por lo cual podemos ser salvos, y fuera de Él no

hay redención ni perdón del pecado y nadie viene al Padre sino por Él. Es, pues, Cristo la revelación personal, así del derecho de Dios sobre el pecador, como de su amor para con él—del derecho de Dios puesto de manifiesto cuando Jesús cumplió por sí mismo cual hombre todo lo que la justicia de Dios exige del pecador—del amor de Dios que no imputa su culpa á aquel que se une á Jesús, sino que justifica por Cristo al impío en vez de reprobárselo. Sustituyóse, pues, Jesús al pecador, y por haber Él mismo sufrido todo lo que el derecho de la justicia divina exigía del pecador, anuló por completo y por siempre este derecho. ¿Y por quién? Por cada uno de los que se unen á Jesús con una fe viva; por todos los que le aceptan cual su salvador, por todos los creyentes en fin. ¿Y quiénes son aquellos creyentes que llegan á ser una misma cosa con Él? Son los que saben que son salvados por la gracia, que la vida está escondida con Cristo en Dios y que han recibido el Espíritu Santo. Así que ahora ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús que no andan conforme á la carne, más conforme al Espíritu. (Rom. I.) El Hijo de Dios es, pues, el que fué puesto por el Padre para ser la Cabeza de una humanidad nueva, santa, gloriosa, bienaventurada é inmortal, sacándola de la humanidad vieja que es pecadora, desdichada, llena de sufrimientos y que vive siempre en continua agitación. Cada pecador que se deja lavar por Cristo es todo limpio y pertenece desde entonces á esta humanidad santificada de que Cristo es la cabeza; él tiene parte en el amor eterno del Padre, en la gracia del Hijo y en la comunicación del Espíritu Santo. Los que se queden fuera de Cristo y le rechacen cual su salvador, continúan en sus pecados y bajo la condenación divina. «El que cree en el Hijo tiene vida eterna; mas el que al Hijo es incrédulo no verá la vida, mas la ira de Dios está sobre él.» (Juan, III, 36.) Bien entendido eso, comprendemos mejor también esta palabra del Señor: «Por ellos me santifico á mí mismo para que también ellos sean santificados con verdad.» (Juan, XVII, 10.)

Por eso nos decía el Señor nada ménos que esto: «Yo, el Santo de Israel, con sufrir y morir por el pecado, me he hecho la cabeza de una humanidad santa, para que todos los que creen en mí, estén verdaderamente santificados.» Claro nos aparece aquí la verdad de lo que nos revela la Escritura, á saber, que el Hijo de Dios, tomando sobre sí la naturaleza humana, á la vez tomó todo lo que constituye esta naturaleza y se unió perfectamente á ella con la sola excepción del pecado cual hecho, pues Cristo era el santo y tuvo que serlo siempre si había de quitar el pecado de la naturaleza humana;—pero Él tomó sobre sí el pecado cual culpa con sus consecuencias de sufrimientos y de muerte, aniquilándose por sus sufrimientos, su muerte y su resurrección, después de que Él aparece cual el hombre perfecto, inmortal, bienaventurado y santo, siendo también el primogénito de los muertos y la cabeza de todos los que, nacidos del Espíritu Santo y sacados de la muerte del pecado, quieren vivir de la vida nueva de la santidad y que reciben participación de sus sufrimientos, su muerte y su resurrección.

Tanto la justicia de Dios en cuanto al pecador como su amor para con él, su gracia y su misericordia han sido puestos de manifiesto en Cristo; pues no es su sola culpa la que por la muerte de Jesús está quitada

al pecador, sino él que llega además á ser elevado al más alto grado de honra y de gloria que es posible aun á Dios otorgar, al mismo rango que el que ocupa el Hijo de Dios—fuera de la unidad eterna de éste con el Padre y con el Espíritu Santo—al rango, en fin, de hijos de Dios, herederos de Dios y coherederos de Cristo. ¿Qué! ¿sería posible que á pecadores que han merecido toda clase de castigos, no solamente los sea otorgado un indulto completo, sino que estén coronados con honra y gloria como si hubieran merecido solo bien? Aunque culpables, son declarados inocentes y sin méritos ningunos son considerados como si fueran dignos de ser premiados! (Apoc. III, 4.)

Por cierto es gracia esta, solo gracia, libre gracia, divina gracia. ¿Y de dónde viene todo eso al pecador? De Dios el Padre, en Cristo su Hijo, por el Espíritu Santo. En Cristo hemos sufrido y hemos muerto por el pecado; pero también en Él estamos libres de la muerte y del pecado para vivir desde entonces de la vida nueva, eterna é inmutable del amor de Dios. Jesucristo es «Dios manifestado en carne.» Él nos lleva á su Padre llegado también á ser nuestro Padre; pero no pudo establecerse esta relación antes de que Jesús hubo dado esta misma carne en que había venido por la vida del mundo, antes de que su cuerpo hubiera sido quebrantado y rasgado este velo del santuario eterno. Después de haber sucedido esto y que «consumado fué» su sacrificio de expiación sobre la cruz, vino el Padre en Él y por Él á todos los pecadores creyentes con toda la plenitud y lo infinito de su amor y con todos los dones y las virtudes del Espíritu Santo. ¿Qué diremos para hacer resplandecer algo más esta verdad, la más gloriosa de todas? Pienso en lo que dice Young: «Nuestra alma está apretada, esforzándose á producir un pensamiento que es demasiado grande para poder sacarle á luz.» ¿No es en vano el que intentemos hallar expresiones para lo que solo el Señor puede expresar formal y perfectamente, explicando lo que hizo cuando, entregándose á la muerte, vació por nosotros la copa amarga de los juicios de Dios sobre el pecado para ofrecernos en la Santa Cena con la comunión á su cuerpo quebrantado la copa tan dulce de sus consuelos divinos, diciendo: «Bebed de él todos, porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento, la cual es derramada por muchos para remisión de los pecados?»

J. DA COSTA.

Traducido del holandés.

LA DOCTRINA DE LA SALVACION (1)

III.

ABSURDAS É INFUNDADAS PRETENSIONES DE LA IGLESIA DE ROMA.

Examinemos ahora las declaraciones de la profesión de fé de Pio IV, que dice que «la Iglesia romana es la madre y maestra de toda la Iglesia,» que «todo lo enseñado, definido y declarado, especialmente por el Concilio de Trento, debe recibirse so pena de anatema,» y que, por último, «fuera de esa Iglesia ninguno puede ser salvo.» Estas declaraciones tienen por objeto abrogarse la Iglesia romana una infalibilidad en materia de doctrina que posteriormente ha depositado en manos de su Pontífice.—Probemos, pues, que esa pretensión á la infalibilidad es absurda y no tiene fundamento alguno en la Palabra de Dios.

Hemos demostrado en el artículo anterior que la antigua Iglesia hebrea no fué infalible, puesto que muchas veces, según las declaraciones terminantes de los Profetas, cayó de la verdad y fué castigada por Dios á causa de su error. Hemos demostrado también que el gran error de aquella Iglesia consistió en haber abandonado la Palabra del Dios viviente y alzado sobre ella las tradiciones de los hombres, y sabemos, por último, que cayó repetidas veces en el pecado de idolatría, todo lo cual prueba de una manera convincente que la Iglesia hebrea no fué infalible. Sin embargo, si alguna Iglesia ha podido reclamar para sí el privilegio de la infalibilidad, ha sido sin disputa esa Iglesia, que tuvo muchísimos más motivos que la Iglesia de Roma para imaginarse infalible.

Leemos, efectivamente, en el Deut., cap. XVII, 8 y siguientes: «Cuando alguna cosa te fuere oculta en juicio... entonces te levantarás y recurrirás al lugar que Jehová tu Dios escogiere; y vendrás á los sacerdotes levitas y al juez que fuere en aquellos días y preguntarás y te enseñarán la sentencia del juicio. Y harás según la sentencia que te indicaren los del lugar

que Jehová escogiere y cuidarás de hacer según todo lo que te manifestaren.» etc.—No podrán los Concilios, ni los cardenales, ni los Pontífices de Roma citar á su favor un pasaje tan terminante como este en todo el Nuevo Testamento, y sin embargo, aquellos sacerdotes levitas, cuya sentencia Dios mismo mandaba observar sin apelación, no fueron infalibles.

En el mismo libro del Deut., XXIV, 8, se dice: «Guárdate de llaga de lepra, observando diligentemente y haciendo según todo lo que os enseñaren los sacerdotes levitas; cuidaréis de hacer como les he mandado.» Precisamente lo mismo que dice el Profeta Malachías, cap. II, 7: «Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría y de su boca buscarán la ley, porque ángel es de Jehová de los ejércitos.»

Sabemos además que Dios manifestó su gloria en el templo de Jerusalem y comunicaba su voluntad infalible á los sacerdotes hebreos por medio del Urim y Tammin.—¿Qué prueban estos hechos y testimonios? ¿Prueban acaso que el sacerdocio hebreo fuera infalible? En el artículo anterior hemos visto todo lo contrario, y los textos citados en este y otros muchos que pudiéramos citar, prueban que el sacerdote bajo la antigua Alianza no era el dador de la Ley, sino un simple administrador; que Dios velaba de una manera especial sobre aquel pueblo; que quería fuese respetado el sacerdocio de Aaron, y que, por último, su palabra eterna era infalible. Y á pesar de todo esto, no solo fué posible, sino que es un hecho repetido en la historia, el que aquellos sacerdotes erraron; en prueba de lo cual citaremos solamente el siguiente pasaje de Jeremías, cap. XXVI, 8.—«Y fué que acabando de hablar Jeremías todo lo que Jehová le había mandado que hablase á todo el pueblo, los sacerdotes y los profetas y todo el pueblo le echaron mano diciendo: De cierto morirás.» Véase también á este fin el cap. II de Malachías, arriba citado.

Ahora bien: ¿puede la Iglesia de Roma presentar algún pasaje terminante de las Escrituras en prueba de esa infalibilidad que pretende poseer? ¿Ha manifestado Dios su gloria en Roma como la manifestó en el templo de Jerusalem? ¿Por qué medio ha comunicado su voluntad infalible á los cardenales y á los pontífices de Roma, como la comunicó á los Sacerdotes de la Ley por medio del Urim y Tammin? ¿Hay algún mandato en toda la Biblia que nos obligue á acatar, respetar y cumplir la sentencia del sacerdote romano, como le había en favor del sacerdote hebreo? ¿Se halla una vez siquiera el nombre de Roma en los cuatro Evangelios?

El único texto sobre el cual los católicos romanos tratan de cimentar la pretendida supremacía de su Iglesia sobre todas las Iglesias, y que presentan con aire de triunfo á los que llaman herejes y cismáticos, es aquel pasaje tan conocido de San Mateo, XVI, 18. «Mas yo también te digo, que tú eres Pedro; y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, etc.» Pero en ese texto nada se dice de la Iglesia de Roma; se habla solo de la Iglesia de Cristo edificada sobre la fé de Pedro, que es la fé de todos los que creen en Jesús, piedra angular de ese edificio, y contra esa Iglesia fundada en esta fé y sostenida por la palabra de Cristo, no prevalecerán las puertas del infierno. Tan lejos están esas palabras de significar la infalibilidad á favor de Pedro, que en el mismo capítulo le reprende Jesucristo por su falta de fé. «Entonces él (Jesús) volviéndose, dijo á Pedro: «Quítate de delante de mí, adversario, me eres estorbo, porque no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres.» (v. 23.) Esta falta de fé de Pedro la vemos confirmada en otros pasajes, y sobre todo cuando Pedro protestó que no conocía á Jesús. La Iglesia de Jesucristo no puede fundarse sobre la fé de un hombre, falible por naturaleza; ella está fundada sobre Jesucristo, y Jesucristo la sostiene con su palabra. El es el único pastor de ese corral (Juan, X, 16), en el cual entrarán todos aquellos que oigan su voz; Él ha dado su vida por sus ovejas, y nadie las arrebatará de sus manos. Él es la única puerta, y el que por Él entrare, será salvo y hallará pastos de vida eterna, porque Él es la vida. ¿Cuánto más razonable y sobre todo cuánto más cristiano y conforme á las Escrituras es creer que Jesucristo es el único jefe de su Iglesia, que Él mismo la enseña y la sostiene, que no creer que un hombre mortal y pecador, como los demás, sea su jefe y su órgano infalible!

¿Y en qué lugar del Nuevo Testamento consta que la Iglesia de Roma haya sido fundada por Pedro? Ni en el libro de los Hechos apostólicos, ni en la carta de San Pablo á los romanos, ni en las dos de San Pedro

hallamos una sola palabra que pueda favorecer á esa suposición. Antes al contrario, en estas San Pedro habla simplemente como un Apóstol y siervo de Jesucristo, lo mismo que los demás Apóstoles, sin abrogarse título ni preeminencia alguna sobre ellos, y las dirige, no á la Iglesia de Roma, sino á todas las Iglesias del Ponto, Capadocia, Galacia, Asia y Bitinia, precisamente como el Apóstol Pablo hizo en sus varias epístolas.

Pretender, como quiere la Iglesia romana, que las promesas de Jesucristo las haya hecho para ella sola, es un absurdo y una impiedad. Cuando Jesucristo dijo: «Donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos,» (Mateo, XVIII, 20) no habla de los Papas, ni de los cardenales, ni de los obispos: habla en general de todos los cristianos que, creyendo en Él, se reúnen en su nombre para orar al Padre y edificarse mutuamente. La asistencia de Jesucristo no es, pues, un privilegio exclusivo de los Concilios romanos: es una promesa divina hecha á todos los cristianos de cualquier clase y condición que sean. Y si sobre esa promesa quieren los católicos fundar la infalibilidad de sus Concilios y congregaciones, igual derecho tenemos todos para declararnos infalibles.

Como no es nuestro ánimo ni la índole de estos artículos nos permite entrar en una discusión extensa sobre este punto, omitimos citar las pruebas históricas contra las declaraciones de la Bula de Pio IV. Los Concilios, los Papas y en general la Iglesia de Roma han errado muchas veces; han inventado é introducido en la Iglesia nuevos dogmas contrarios á la Palabra infalible de Dios; han ordenado prácticas opuestas al Evangelio y han condenado siempre á los que han protestado contra sus errores y abusos y han querido quedarse solo con Jesucristo, su único Jefe, su único Salvador y Medianero entre Dios y los hombres.

Una Iglesia, pues, que no puede presentar pruebas terminantes de su infalibilidad en materia de fé y de doctrina, antes al contrario por sus errores se ha separado de la fé cristiana, no puede pretender un privilegio exclusivo de la salvación. Habrá en su seno algunas almas, acaso muchas, que se salven; pero no será por profesar la fé de Roma ni por los medios de salvación que esa Iglesia enseña y ofrece, sino por la fé en Jesucristo, único medio de salvación que el Evangelio nos ofrece. Ella admite muchos dogmas enseñados en las Santas Escrituras; admite también la necesidad de la fé y de la Redención; pero destruye su eficacia, suponiendo que no es suficiente si no está acompañada de las obras; y respecto á los dogmas, los sujeta al criterio y al juicio de la tradición, como si las Escrituras no fueran suficiente regla de fé.

Nosotros estamos acordes con esa Iglesia en todos los puntos de fé enseñados por las Santas Escrituras y definidos por Dios, y que ella admite; pero no estaremos con ella y protestaremos con toda nuestra alma contra todos esos dogmas nuevos, enseñados por ella y definidos por sus Concilios, especialmente, el de Trento. Poco nos importa que diga Pio IV y repitan incesantemente los católicos que la Iglesia de Roma es la maestra y la madre de todas las Iglesias; nosotros no tenemos más que un Maestro, que es Jesucristo, y un Padre de todos, que está en los cielos. (Mateo, XXIII, 8 y 9.) Tampoco nos importa que nos anatematicen y nos excluyan de su seno, fuera del cual, dicen ellos que nadie puede ser salvo; porque nosotros creemos que «en ningún otro hay salud, más que en Jesucristo; porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado á los hombres, en que podamos ser salvos.» (Hechos, IV, 12.)

MANRIQUE ALONSO.

(Se continuará.)

EL EVANGELIO Y EL CATOLICISMO ROMANO

con textos del Nuevo Testamento, según la traducción del Padre Felipe Scío

(Continuación.)

B.—La certidumbre de la salvación se gana en el camino de la experiencia de la vida interior por revelación divina. Sabiendo y entendiendo una cosa no tienes la cosa todavía. Pero es menester que el hombre haya recibido el perdón de los pecados y el Espíritu Santo, quiere decir, debe haber recibido por él verdaderamente un corazón nuevo. Alcanza la posesión real de estas cosas aquel que en su interior más profundo todo lo experimenta, sufre y prueba, peleando, en lo cual con-

(1) Véase el núm. 145.

siste la vida espiritual. No primeramente el arrepentimiento; debe tener tal conocimiento de sus pecados que le aflijan, le pongan en apuros y afecten de mane- ra en su interior, que tema la justicia de Dios y la condenacion eterna y se aborrezca á sí mismo. Ante la necesidad eterna del alma y el peligro de la condena- cion debe desvanecerse todo lo demás como una nube. Aquella palabra del Señor dicha á Marta, San Lú- cas, X, 42: «Una cosa es necesaria,» y aquella pregun- ta del carcelero: «¿Qué es lo que debo yo hacer para ser salvo?» es entonces entendida por nosotros, y la consecuencia que sigue; todo lo otro, pues, hasta el mismo comer y beber, es inútil y supérfluo en relacion á esta una cosa. Si se ha salvado el alma, todo se ha salvado; si se ha perdido, todo se ha perdido. Quien no ha atravesado por tanta ansiedad del alma y luchas del arrepentimiento, quien no ha aprendido en ellas á pedir *gracia* y perdón, tal hombre no espera jamás llegar á una seguridad real de su salvacion. Pero á la mirada de la fé en Jesus, y al refugiarse lleno de confianza en el Salvador, sigue un *socorro real*, quiere decir, una *con- testacion verdadera á la oracion*. Dios contesta por el consuelo que adjudica al hombre interior por medio del Espíritu Santo: Sus pecados le son perdonados. Hay una verdadera revelacion divina de esta especie. El que la recibe es llenado con una certidumbre y un gozo interior que vence todas las dudas y que no pue- de ser arrebatado á ningun hombre. Un pecador afligido no puede consolarse á sí mismo, sino que solo pue- de ser consolado por aquel contra quien ha pecado, á saber, por Dios mismo.

Salmo XXXII, 1-3.—Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido encubiertos; bienaventurado el varon á quien el Señor no imputó pecado ni en su espíritu hay engaño. Porque callé, se enrojecieron mis huesos, mientras que clamaba todo el día. Porque día y noche se agravó sobre mí su mano, me volví en mi miseria mientras que se clava la espina. Te hice manifestar mi pecado y no tuve escondida mi injusticia; dije: confesaré contra mí al Señor mi injusticia, y tú perdonaste la impiedad de mi pecado. Por esta razon orará á ti todo santo en el tiempo oportuno, mas en el diluvio de muchas aguas á él no se acercarán. Tú eres mi refugio en la tribula- cion que me cercó; regocijo mio, librame de todos los que me rodean.

¿Qué seguridad ofrece la Iglesia romana? La absolu- cion del sacerdote y la garantía de la Iglesia. ¿Pero tie- ne esta absolucion validez? ¿Tambien para el caso sin- gular y especial? Esta es la pregunta importantísima. A un pecador que no está arrepentido, el sacerdote ni debe ni puede perdonar los pecados. Un hombre se- vero y concienzudo debe preguntarse: «¿Soy yo un pecador arrepentido? ¿Tal vez yo no sé siquiera lo que es arrepentimiento verdadero? ¿Quién puede con- testar esta pregunta acerca de sí mismo con seguri- dad? Porque ninguna cosa es más difícil que el conoci- miento de sí mismo. Segun la doctrina romana, cuando se quiere profundizar la cosa es menester que el hom- bre busque la seguridad en el hombre, sea en sí mismo ó en el sacerdote. Pero una tal seguridad es nula; porque preciso es saber lo que juzga sobre mí aquel que ha de hacer el juicio, á saber, Dios. La Iglesia romana quiere salir garante fiadora, pero no puede sino bajo condiciones. Su seguridad es preciso sea divina; tal seguridad solo es verdadera.

Que haya tal revelacion divina con y en el corazon del hombre y un divino perdón de los pecados, se vé claramente.

Primero, del hecho, que no puede negarse, que Dios contesta á las oraciones, y si hay contestaciones á las oraciones en general, es decir, si Dios nos dá lo que le hemos pedido, ¿por qué no nos daría la seguridad de la salvacion, si se la pedimos?

Salmo XC, 15.—Clamará á mí y yo le oiré; con él es- toy en la tribulacion, lo libraré y lo glorificaré.

Segundo. Las Santas Escrituras nos dan testimonio de tales hechos de la revelacion divina. En el antiguo Testamento sueños, apariciones de ángeles, visiones y otras cosas semejantes eran las formas de la revela- cion que se repetian muchas veces; en el Nuevo Tes- tamento lo es la revelacion por el Espíritu Santo. Los discípulos recibieron á este Santo Espíritu en la fiesta de Pentecostés. Este hecho fué acompañado por tantas señales fuertes y visibles, que desde la misma hora los discípulos, tan temerosos, se volvieron otros como antes. Por su palabra muchos se hicieron fieles, y lo que ellos recibieron anunciaba San Pedro tambien á los que más tarde creyeron en Jesucristo.

Hechos, 2, 38.—Arrepentíos y cada uno de vosotros

sea bautizado en nombre de Jesucristo para remision de vuestros pecados, y recibireis el don del Espíritu Santo.

Cuando una tarde el apóstol San Pedro predicaba á los gentiles, por la primera vez, ellos, aun *antes* del bautismo, recibieron el Espíritu Santo y de una mane- ra especial y abundantemente. Por esto se vé que este don del Espíritu no está ligado con los actos sacra- mentales, si no es dado libremente, y cada uno de lo- fieles puede recibirlo directamente de Dios. Esta ma- nera de la revelacion se llama *el testimonio del Espíri- tu Santo*, segun la palabra del apóstol San Pablo.

Romanos, 8, 14-17.—Porque todos los que son movi- dos por el espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios, porque no habeis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino que habeis recibido el espíritu de adopcion de hijos por el cual clamamos, Abba, padre. *Porque el mismo Espíritu da testimonio á nuestro espíritu que somos hijos de Dios; si hijos, tam- bien herederos, herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo; pero si padecemos con él, para que seamos tambien glorificados con él.*

Corintios, 1, 21-22.—Y el que nos confirma con v- otros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cua tambien nos selló y dió en nuestros corazones la pren- da del Espíritu.

Observacion.—Tal comunicacion del Espíritu no es el producto de un desenvolvimiento interior, sino un don de Dios. Pero, ¿cómo se puede distinguir esta voz interior del Espíritu Santo, de los pensamientos del propio espíritu? Es verdad que ha habido bastantes *visionarios y entusiastas* que han creído en este en- gaño de sí mismos, y se han desviado terriblemente. Pues es preciso que ninguno se haga á sí mismo esta fé, ó que tome el perdón de los pecados; no hay que imaginarse nada, ni decir muchas veces á sí mismo: «tú eres un hijo de Dios.» Mas cada hombre sincero de- be poder distinguir en sí mismo, si él se ha tomado algo, ó si se le ha dado. Si se le ha dado por Dios, en- tonces es imposible que falte la *fuerza* de la nueva vida. Esta es la señal del conocimiento más seguro de la verdad.

C. *Esta seguridad se prueba por la fuerza y el fruto de la vida nueva.*—Cualquiera que quiera estar seguro de su salvacion, es preciso que posea la fuerza de una vida nueva, procedente de Dios, en realidad.

(Se continuará.)

SALMO SESTO

David, enfermo de gravedad y ultrajado por sus enemigos, implora la misericordia de Dios y ob- tiene la seguridad de su victoria.

AL MUSICO PRINCIPAL SOBRE NEGHINOTH, PARA LA OCTAVA.

Salmo de David.

Señor, en tu furor no me reprendas,
Ni castigues airado.

Ten de mí ¡oh Señor! misericordia,
Que estoy debilitado.

Señor, dame salud, que hasta mis huesos
Están ya flaqueando.

Tambien mi alma está muy conturbada:
Señor, y tú ¿hasta cuándo?

Vuelve, Señor, á mí tu rostro, y libra
De angustia el alma mia;

Muestra compadecido tu clemencia,
Y la salud me envia.

Porque en el frio seno de la muerte,
De tí no hay remembranza;

A polvo reducido en el sepulcro,
¿Quién te dará alabanza?

A fuerza de gemir, ya consumido
Estoy: en llanto anego

Mi lecho por las noches, y mi estrado
Con mis lágrimas riego.

Con tanto desconsuelo y amargura
Mis ojos se han hundido,

Y al furor de mis muchos adversarios,
Se han envejecido.

Lejos de mí los que maldad practican;
Porque ya en el piadoso

Oído del Señor resuena el grito
De mi llanto angustioso.

Si, benigno á mis ruegos incesantes

El Señor ha atendido;

Propicio, mi oracion ferviente y pura

El Señor ha acogido.

Confusion sobre todos mis contrarios

Vendrá y aturdimiento;

Volveránse, y corridos de vergüenza

Serán en un momento.

Version de J. B. Cabrera.

LAS ESCUELAS DE LA MADERA BAJA.

En el número anterior de nuestro periódico anticipa- mos la noticia de que el Sr. Alonso, Pastor electo de la Madera Baja, se encargaba de la direccion de la escuela de niñas de esta capilla, que el Sr. Armstrong, á cuyo cargo estaba, se veia obligado á dejar, á causa de tener que abandonar esta capital, y prometimos al mismo tiempo dar en este número algunos detalles, si bien tendrán que ser muy cortos, atendido el poco espacio de que podemos disponer.

Las escuelas de niños y niñas de la Madera Baja han tenido que pasar por todas las pruebas que ha sufrido la Iglesia del Redentor. Por algun tiempo esas escuelas estuvieron en un estado brillante, siendo considerable el número de sus alumnos y muy exce- lente la educacion que en ellas recibian. Posterior- mente, por causas que no es del caso referir, la de ni- ños vino cada día á ménos, llegando escasamente á una media docena el número de los que á ella concurrían, y si bien la de niñas continuaba cada vez más prós- pera, una y otra corrieron la misma suerte, aunque con distinto resultado. Retirados los recursos del ex- tranjero, con que hasta entonces se habian sostenido, el Sr. Carrasco tuvo el profundo dolor de ver cerrada la escuela de niños sin medios para sostenerla y necesitó hacer un grande esfuerzo para impedir que la de ni- ñas se cerrase tambien. Esto sucedia en Abril del año pasado, y poco tiempo despues, no pudiendo el señor Carrasco continuar sosteniéndola por falta de recursos, hubo de cederla á nuestro hermano el Sr. Armstrong, bajo cuya excelente direccion ha estado hasta hoy sin disminuir en nada su importancia. Sensible es que un obrero tan digno y tan celoso se vea obligado á dejar esta y otras obras que han estado á su cargo en cone- xion con la Iglesia de la Madera Baja, y esta resolu- cion ha venido á aumentar las dificultades de todo gé- nero por que está pasando esta Iglesia desde algun tiempo ántes de la marcha del Sr. Carrasco á los Es- tados-Unidos. Para evitar que se cierre la escuela de niñas, ha sido necesario hacer un supremo esfuerzo, que esperamos que el Señor bendiga. El Sr. Alonso se ha encargado desde este mes de la instruccion bíblica y literaria de las niñas, consagrando á este objeto dos horas diarias y la clase de labores del sexo continua- rá á cargo de la actual directora, sostenida por las ni- ñas que asistan á la escuela.

Desgraciadamente no ha podido hacerse esto mismo respecto á la escuela de niños, á pesar de los deseos del Sr. Alonso, de la Junta de la Iglesia y en general de toda la Congregacion. La falta de un auxiliar, sos- tenido decentemente, que ayude á dicho señor, imposibilita por completo la realizacion de estos deseos. No es posible apelar á los sentimientos generosos y cris- tianos de nuestros hermanos de la Madera Baja, pues es ya grande la carga que pesa sobre ellos y despro- porcionada á sus fuerzas, y por lo tanto, esperamos confiadamente en el Señor y solo en el Señor, que El abrirá camino y allanará las dificultades que nos ro- dean.

Además de las escuelas de niños y niñas hay en la Iglesia de la Madera Baja como en todas las Iglesias cristianas, las escuelas dominicales, que tambien han estado bajo la direccion del Sr. Armstrong y hoy del Sr. Alonso, igualmente que la reunion de oracion de señoras los mártes á las ocho de la noche. Esperamos que, tanto unas como otra, bajo la bendicion del Se- ñor tengan los felices resultados que todos deseamos.

Terminaremos estas líneas excitando la caridad de nuestros hermanos del extranjero á que ayuden con sus oraciones y donativos estas obras, de que tanto bien podemos esperar para la obra del Señor en España.

REMITIDO

Señor director de LA LUZ:

Muy señor mio y hermano en Cristo Jesús: Cierta- mente que sus esperanzas de Vd. no deben quedar de-

fraudadas ni las de nuestros hermanos del extranjero, á quienes, aunque no tenga el gusto de conocer, aprecio en sumo grado.

No sé si podré coordinar bien mis ideas, pues un dolor profundo me embarga.

No obstante, confiando en el Señor, intentaré decirle á Vd. algo de lo que ocurre por aquí.

El estado de esta congregación es triste; pero no tanto que pueda decirse que no da señales de vida, como demostraré á mis hermanos.

Esta iglesia está enclavada en un barrio extramuros que pertenece á la capital, aun cuando está á una lengua de distancia de la población á la parte Norte, lindando con el término de Chamartín. Como barrio extramuros, vive en esta especie de pueblo la gente de peores costumbres que puede encontrarse. Tres años he vivido entre ellos, y aunque me respetaban, al parecer, mi familia era objeto de continuas asechanzas, y sin embargo allí seguiría viviendo.

Al fallecimiento de nuestro pastor *ad honorem*, el inolvidable D. Antonio Carrasco, nos encontramos sin los recursos que nos daba para sostenimiento de la iglesia, y con una deuda de cinco meses de casa, que ascendía á 400 reales.

Ya en este tiempo se habían recrudecido las persecuciones, no por los curas, sino por los carlistas, que puede decirse que lo son todos los que por allí viven. Y la nación me había quitado la mayoría de los discípulos para llevarlos á la guerra y mi hijo también. De este modo me destruyeron la escuela, que era nocturna, y en la generalidad adultos.

¡Llegó el caso de acometernos en el culto, entre ellos un soldado, de quien di parte á su coronel, y le castigó! Pero respecto de los paisanos no fué así, porque acudí á la autoridad local y no me hizo caso, teniendo que buscar una pareja de Guardia civil á un kilómetro de distancia, la cual acudió inmediatamente; pero ya era tarde. Acudí á la autoridad superior; pero sin duda la instancia no llegó á sus manos.

Ocurrió también el caso de que un alcalde de barrio fué casa por casa obligando á acompañar á lo que en la Iglesia de Roma llaman Su Magestad (y entiéndase que esto era en los tiempos de república federal), y á los milicianos á que asistiesen con armas para dar más solemnidad al acto, siendo así que por un decreto del ministerio de la Gobernación estaba disuelta esa milicia y no podía presentarse armada; mis hijos se resistieron á cumplimentar este anacronismo, y la autoridad se retiró jurando vengarse de los protestantes.

Hémos ya perseguidos por unos y otros sin que hubiese medio de pedir protección á la autoridad puesto que ella, lo mismo arriba que abajo, lo consentía y autorizaba, llegando el caso de decirme un inspector del distrito de la Universidad que tan ladrones éramos nosotros como los curas.

Esta impunidad, y estos y otros atropellos, hicieron que muchos cristianos se retrajesen de acudir, y por más que buscaba mis ovejas me contestaban con evasivas, y aunque acudían algunos, eran pocos siempre temiendo á los carlistas y federales.

Entonces determiné, trasladarme á Madrid para dedicarme yo solo con mi familia á la meditación.

En este estado de cosas, y después de varias indagaciones inútiles, reuní la Congregación y les espuse nuestro estado, diciendo que me retiraba en vista de que no tenía recursos para pagar la habitación y que daría el mobiliario de la escuela al propietario para que se cobrase la deuda que teníamos contraída. ¡Pero qué consuelo recibí entonces de mis hermanos, y cómo comprendí la obra del Señor! La Congregación se opuso á que faltase la palabra de Dios, diciendo que ellos pagarían por suscripción lo que fuese necesario, y excluyéndome de pagar (á lo que no accedí), pues decían que haría falta que hacer con explicarles la palabra de Dios.

Entonces yo me cargué con la deuda para pagarla con las limosnas que pudiéramos obtener de nuestros hermanos, y las mensualidades se pagan regularmente después de haber reducido todos los gastos.

En esta época se me presentó el Sr. D. José González y me dió á conocer una suscripción de D. Gualterio Kuhn, por la cantidad de diez reales mensuales, la que dediqué inmediatamente á amortizar la deuda atrasada que tenemos; pero no me extrañaría que el mejor día tuviéramos que dejar el local, pues el alcalde lo desea para establecer una taberna; y aun cuando el propietario está con nosotros, á veces la carne es flaca.

El proyecto del Sr. Carrasco era haber puesto la escuela de día, poniendo un maestro bajo mi dirección;

pero esto, que hubiera hecho buen efecto, no pudo ser, ¡Dios no lo quiso!

El local es proporcionado, pero súplico: nos hacemos cuenta que Cristo nació en un pesebre; si hubiésemos podido, lo hubiéramos empapelado. La colgadura de la tribuna, vieja y descolorida, ¿cómo ha de ser! ¡Basta con la fe de los miembros de la Iglesia.

La concurrencia, en lo general de 20 á 30 personas, todas formales y de convicción; el tiempo contribuye mucho á que varíe la concurrencia, pues estando en medio del campo y frente al puerto, los frios son más intensos. En el verano acude más gente.

La poca afición que tengo á darme á conocer ni á hablar de mí mismo, es lo que ha hecho que no tengáis noticias del estado de esta Congregación, que, si bien es pobre, sostiene su culto y oración con fe, hasta que viendo Jesucristo nuestra constancia nos llame á ocupar un sitio entre los bienaventurados. Amen.

He dicho verdad en todo como buen cristiano, y si hubiese omitido algún dato lo subsanaré.

Ahora, salud para todos mis hermanos, la iluminación del Espíritu Santo, y la paz del Señor con vosotros.

Vuestro hermano.—Manuel Plácido Hernandez.—26 Marzo, 1874.

NOTICIAS.

Han aparecido dos periódicos cristianos para niños: el uno en Barcelona, que se titula *La Aurora de Gracia*, y el otro en Madrid que lleva por nombre *El Amigo de la Infancia*. Damos el parabién á los cristianos que han emprendido estas nuevas publicaciones, y les escitamos á que trabajen con actividad y entusiasmo en ellas, que la obra de educar en el cristianismo á las nuevas generaciones que vienen á la vida, es grande, y solo de este modo existirá aquí con el tiempo un pueblo verdaderamente cristiano.

Sin embargo, no debemos olvidar por esto á los adultos. Observamos en todos nuestros hermanos que se dedican á obras de esta naturaleza, una preferencia exclusiva por los niños. Esto es muy laudable ciertamente; pero, ¿en qué consiste que no se publiquen más que periódicos cristianos para niños? ¿Es que no hay en nuestra patria el personal cristiano necesario para redactar periódicos para adultos? Sea de esto lo que quiera, llamamos sobre este punto la atención de los que en España se dedican á trabajos periodísticos evangélicos, y les escitamos á que piensen en este asunto, que no deja de ser grave, si ha de empezar á haber en nuestro país literatura evangélica.

Son varios los cultos familiares que se celebran en distintas casas de esta población. Hay unos que solo tienen lugar cada quince días, y otros que se celebran todas las semanas. Los que se celebran cada quince días son: el establecido en la calle de Santa Lucía, número 11, cuarto 4.º, al que asiste bastante concurrencia; el de la calle de las Minas, núm. 18; el que se celebra en la calle de Campomanes, núm. 7, cuarto bajo, y algún otro. A todos estos asiste un número regular de personas. En la calle del Sombrerete, núm. 1, hay culto todos los sábados. A él suelen concurrir 14 ó 15 personas. En la calle del Tesoro, núm. 24, cuarto 2.º, celébrase otro culto también, y la habitación está llena de gente. La persona que nos comunica estas noticias nos dice que en los meses de Febrero y Marzo ha tenido lugar en este culto la conversión de cuatro personas. Hállase establecido este culto hace unos tres años y ha dado siempre resultados excelentes.

También se predica el Evangelio en Valle-hermoso, dos veces por semana: los martes y los viernes. Los domingos por la mañana tiene lugar una escuela dominical. En este pueblecito, que está en las afueras de Madrid, viene predicándose el Evangelio, hará también unos tres años, ya por unos, ya por otros.

El día 18 del pasado Marzo, á las ocho de la noche, tuvo lugar en la capilla de la Madera Baja una reunión con el objeto de constituir una sociedad cristiana, cuyo fin primero fuera suministrar cajas mortuorias á los difuntos pobres de la Iglesia. Se determinó en ella que la asociación llevase el título de *Sociedad Evangélica Funeraria*. Habíase notado en mil ocasiones la

necesidad de una sociedad cristiana de esta especie, porque en muchas defunciones se había visto que las familias de los difuntos estaban tan completamente desprovistas de todo recurso, que no tenían ni siquiera los necesarios para suministrar caja á su pariente muerto. Estremos de esta naturaleza son los que viene á remediar la nueva sociedad constituida. En la misma reunión, con el objeto de formar un fondo de reserva para suministrar cajas á los tres ó cuatro primeros miembros pobres de la Iglesia que fallecieran, se hizo una suscripción que produjo unos 200 reales, con la cual quedó formado este fondo de reserva. Se nombró una junta directiva y se encargó á uno de sus miembros que formulara el reglamento que en breve será presentado.

Todo lo que sea aminorar los sufrimientos de las familias que han perdido á uno de los suyos, como obra cristiana que es, merece nuestra más completa aprobación. Y en este concepto deseamos crecimiento y prosperidad á la nueva sociedad constituida.



Hemos recibido algunas noticias de la iglesia de Cartagena. Parece que con motivo de los sucesos últimamente ocurridos en aquella ciudad, el *espíritu católico* se había reanimado un tanto en ella. Todo eran novenas, procesiones y fiestas clericales. A pesar de esto, la asistencia al culto de la capilla evangélica estaba bastante concurrido. Pero donde especialmente se ven los progresos que hace la obra evangélica en aquella ciudad, es en las escuelas. En la actualidad asisten á ellas diariamente más de 100 niños, y es muy raro el día que no se inscribe alguno nuevo. Es seguro que dentro de poco no podrán contener todos los que á ellas acuden.



El pastor de la iglesia de Cartagena nos manifiesta hagamos públicas dos cartas que han recibido de Francia: la primera con una letra de 5 francos y la segunda con otra de 81 con destino á los pobres de su iglesia. Cincuenta se han distribuido entre los niños más necesitados, y 35 entre dos miembros de la Congregación. Añade también el referido pastor que cierto señor extranjero se le ha ofrecido para que le mande un huérfano, al que recibirá en su casa, prometiéndole manutención, educación é instrucción. Reciban estas tres personas los votos de la más sincera gratitud de los cristianos de aquella ciudad. El pastor, Sr. Orejon, se ocupa en la actualidad en preparar á uno de los muchos huérfanos que en la ciudad han quedado con motivo de los últimos sucesos, y que asiste á su escuela, para enviarle á Congenies, que es donde habita el cristiano que quiere darle amparo é instrucción.

Todas estas nuevas manifiestan el arraigo que va adquiriendo la obra evangélica en Cartagena, y los trabajos del Sr. Orejon.

LA LUZ PERIÓDICO CRISTIANO

NUEVAS CONDICIONES.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

Puntos de suscripción.

	Santa Isabel, 39, 2.º, derecha.
En Madrid.....	Madera Baja, 8. Librería Nacional y Extranjera, Jacometrezo, 59.
En Zaragoza....	Calle de San Jorge, cochera Ascobaretta.
En Valladolid..	Regalado, 5, Capilla evangélica.
En Cartagena..	Capilla evangélica, plaza de las Monjas.
En Córdoba....	Calle de José Rey, 8.
En Santander..	Calle del Limón, 9, 3.º, izquierda.
En Valencia....	Calle de Serranos, 27, segundo.
En Sevilla.....	Calle de Quintana, 25.
En la Coruña...	Librería de D. Vicente Abad.

MADRID.—1874

IMP. DE MANUEL G. HERNANDEZ
San Miguel, 28, bajo